



La Letra Escarlata

NATHANIEL HAWTHORNE

Todos los que se han acercado a la obra de Nathaniel Hawthorne (1804-1864) —Poe, Melville, Henry James, Borges— se han mostrado unánimes al destacar la imaginación como elemento dominante en su escritura. En *La letra escarlata* —llevada al cine recientemente por Roland Joffé— aparecen muchos de los temas tratados en sus relatos, pero esta obra se manifiesta como la mejor construcción narrativa de su autor, y muchos la destacan como la mejor novela norteamericana del siglo pasado. Ambientada en la Nueva Inglaterra de los puritanos del siglo XVII, *La letra escarlata* narra el terrible impacto que un simple acto de pasión desencadena en las vidas de tres miembros de la comunidad: Hester Prynne, una mujer de espíritu libre e independiente, objeto del escarnio público; el reverendo Dimmesdale, un alma atormentada por la culpa, aunque algo digno de la estima general; y Chillingworth, un ser siniestro, cruel y vengativo, que maquina en la sombra. Para despertar el horror, Hawthorne no recurre ni a la violencia, ni al crimen, ni a cualquier otro recurso tópico del género, sino que descende al pozo de la psicología humana para observar las horribles bestias que reptan y se alimentan en la jaula de la conciencia. En definitiva, una obra que explora el sentimiento de culpa, la fuerza que se devora a sí misma.

Prólogo

Hawthorne descendía de uno de los peregrinos que desembarcaron en el siglo XVII en la bahía de Massachusetts y fundaron Boston y Salem, donde implantaron un gobierno teocrático. William, el primer colono de la saga, persiguió con decisión a los cuáqueros bajo la acusación de corrupción y condenó a tres miembros de la secta de los Amigos a ser apaleados, mientras iban atados, medio desnudos y bajo la nieve, en la parte posterior de una carreta, desde Boston hasta Salem. El hijo de William, John, también se destacó por su celo religioso y participó de manera sobresaliente en las persecuciones religiosas que tuvieron lugar durante el siglo XVII en Nueva Inglaterra. Durante la célebre caza de brujas de Salem, tomó parte activa en la acusación de posesión diabólica que recayó sobre más de doscientas personas. Además, fue el presidente de las ejecuciones de veinte mujeres condenadas por brujería, y objeto, junto con su descendencia, de una terrible maldición por parte de una de las víctimas. Los Hawthorne del XVIII consagraron sus energías al comercio floreciente de Nueva Inglaterra y aplacaron el celo religioso que tanta crueldad había provocado.

El padre de nuestro escritor fue un capitán de navío que se casó con una mujer nacida en el seno de una familia de comerciantes y puritanos de Salem. El matrimonio tuvo dos hijas y, en 1804, un varón: Nathaniel. Cuatro años más tarde, a causa de unas fiebres, moría el padre en Surinam. La madre y los tres hijos llevaban una vida apartada, comuni-

cándose poco entre ellos y recibiendo raras visitas. Debido a una luxación en un pie, Nathaniel tuvo que dejar la escuela, su única puerta abierta al mundo exterior, y permanecer inmóvil durante dos años. Hasta los catorce años, movido por su inclinación por la literatura, lee algunos libros de la biblioteca paterna, como *El progreso del Peregrino*, viaje alegórico del alma hasta la redención; *El paraíso perdido* de Milton, novelas de Walter Scott..., obras que comenzaron a alimentar su poderosa imaginación, al tiempo que iban formando su gusto por las cosas bien escritas y el estilo clásico, a pesar de que sus temas preferidos fueran netamente románticos. Sobre su forma de escribir dice Borges en *Otras inquisiciones*: «La imaginación de Hawthorne es romántica; su estilo, a pesar de algunos excesos, corresponde al siglo XVIII, al débil fin del admirable siglo XVIII».

En 1818 su familia se traslada a la propiedad de su tío Manning, situada en el estado de Maine. Aquí, en medio de una naturaleza virgen, se recupera de su enfermedad, dando largos paseos a través de bosques frondosos y junto a grandes ríos y lagos, y desarrollando su sensibilidad por la naturaleza, que posteriormente transmutará literariamente en sus obras. Vuelve a las clases y a leer a autores románticos, por los que su naturaleza visionaria sentía una especial predilección. Así, leyó toda la obra de Walter Scott y algunas novelas y ensayos de Rousseau. La psicología anormal de los caracteres góticos de Godwin ejerció una singular fascinación sobre su espíritu. A los diecisiete años, una vez que sus tíos decidieron hacerse cargo de sus estudios universitarios, ingresó en Bowdoin College, en el estado de Maine, donde siguió sin sentir ninguna atracción por la vida social y prefirió continuar con las lecturas marcadas por su gusto a las impuestas por sus profesores. En ningún momento se vio implicado en las luchas y ambiciones académicas y, siguiendo su inclinación por la vida interior, ocupó su tiempo libre con largos paseos por los bosques, observando y admirando la naturaleza, que le proporcionaba la

intensidad de los sueños. Sin embargo, durante su estancia hizo un par de amistades: Longfellow, futuro poeta, y Franklin Pierce, que acabaría siendo presidente de los Estados Unidos y cuya amistad cultivó hasta el final de su vida. En el último curso, a causa de sus buenos trabajos en Inglés, fue propuesto por sus profesores para escribir el discurso solemne; antes que componerlo y pronunciarlo, prefirió, dando una muestra de sensatez, pagar la multa prevista en caso de no hacerlo. Por esta época empezó a escribir una especie de diario en el que anotaba lo que iba observando a su alrededor, lo que le sugerían sus lecturas, meditaciones sobre la existencia, así como situaciones dramáticas y caracteres ficticios que luego le servirían de materiales para sus obras literarias.

Una vez graduado, a los veintiún años, Hawthorne vuelve a Salem e inicia otro largo período de soledad y reclusión en «la habitación bajo el techo», que se prolongará esta vez durante doce años. Sus contactos con otras personas apenas existen y reparte su tiempo leyendo libros de historia de Nueva Inglaterra, novelas y ensayos del siglo XVIII, meditando y, a la caída de la tarde, paseando por las calles, la playa o el campo vecino. En 1828 publica por su cuenta una novela, *Fanshawe*, que había comenzado a escribir en Bowdoin y concluido en su habitación de Salem. Envío algunos ejemplares a algún amigo y a revistas. La respuesta fue el vacío, por lo que hizo que le enviaran toda la tirada, que acabó siendo pasto de las llamas de su estufa. Después de doce años de esfuerzo, apenas había conseguido nada, pero en 1837 su amigo Bridge le avaló para la publicación de su primera colección de cuentos, *Twice Told Tales* (*Cuentos contados dos veces*), que obtuvo una mínima resonancia, como la reseña favorable de su compañero de universidad Longfellow. Aquí terminaba prácticamente su repercusión. Pero la ficción hacía su entrada en escena en Nueva Inglaterra, y algo nuevo y original en la literatura universal. Esta colección, compuesta por una veintena de rela-

tos, describe artísticamente los temas preferidos por nuestro autor, tales como la deformidad y monstruosidad psicológicas de los hombres, los errores morales, los aspectos inquietantes de la existencia humana, su mirada hacia el abismo, que sólo constata el enigma y hace nacer el escalofrío, la relación de lo imaginario con lo real.

Además de Longfellow, *Twice Told Tales* también atrajo la atención de una joven llamada Miss Elisabeth Peabody, dueña de una librería donde se reunían algunos seguidores del transcendentalismo, un movimiento filosófico inspirado en el idealismo alemán y encabezado por Emerson. Esta joven, con el fin de conocer a Hawthorne, entabló relación con las hermanas del escritor, y a través de ellas le hizo llegar una invitación para asistir a una reunión de su salón literario. Venciendo su natural timidez, Hawthorne aceptó el ofrecimiento y acudió a la librería «literaria». Pero allí fue la hermana de Elisabeth, Sophie, quien le produjo una profunda impresión, que fue mutua. Y el amor, instalado en su corazón, le hizo salir de su acostumbrada reclusión. También el amor ejerció su prodigio en Sophie, una mujer dotada de una especial sensibilidad artística, que pasaba sus días postrada, aquejada de desórdenes nerviosos, y que rápidamente recobró la salud.

Un poco más tarde, Nathaniel tuvo ocasión de encontrar trabajo. Los demócratas habían accedido al poder y Pierce, convertido en miembro del congreso, le ofreció un puesto de controlador en la aduana de Boston. El trabajo no le daba mucho dinero, pero lo peor de todo era que le robaba demasiado tiempo para la escritura y la contemplación, actividades que le procuraban el equilibrio. Dos años después, cuando los demócratas perdieron el poder, Hawthorne se sintió aliviado al ver que tenía que abandonar su puesto, pues, según el «spoils system», que se practicaba durante el siglo pasado en los Estados Unidos, un partido, cuando dejaba el poder, perdía también todos los puestos de la administración. Aunque, según parece, nuestro escri-

tor, agobiado por el peso del trabajo, se adelantó en pedir su dimisión.

Perdido el puesto, se incorporó a un proyecto ideado por el transcendentalista Ripley, consistente en la fundación de una especie de colonia intelectual en los márgenes del río Charles, la corriente de agua que separa Boston de Harvard. Este intento de comunismo agrícola trataba de aunar al hombre con la naturaleza, el trabajo manual con la meditación, y de establecer un sistema igualatorio para todos sus miembros. Hawthorne pensó que era un buen lugar para instalarse, llevar a su futura mujer y seguir escribiendo. Compró una acción de la colonia, con lo que se hizo socio, y se fue a vivir allí. Sin embargo, la vida comunitaria pronto se le empezó a hacer insoportable, sobre todo porque tenía que pasar mucho tiempo oyendo a los colonos iluminados, que no se distinguían precisamente por su finura de pensamiento. Harto de escuchar los dogmas transcendentalistas, Hawthorne recuperó su acción y abandonó la colonia, se casó con su prometida, Miss Sophie, y se fue a vivir con ella a la «Old Manse», la vieja rectoría donde imaginó y compuso los cuentos que componen el presente volumen.

La vieja rectoría estaba situada en Concord, un lugar de los alrededores de Boston donde vivían una serie de hombres de letras como Thoreau, Emerson, Margaret Fuller... que se reunían semanalmente para hablar sobre cuestiones dominadas por el transcendentalismo. Hawthorne, sin embargo, no se dejaba ver por este círculo intelectual. Al contrario, su debilitada economía le obligaba a cultivar su huerto para obtener comida, pues la publicación de los *Musgos* en 1846 apenas había tenido resonancia, y tampoco, evidentemente, ingresos económicos. Sin embargo, en las elecciones de 1845 había ganado el partido demócrata, con lo que pronto su amigo de juventud le procuró de nuevo un puesto en la aduana, esta vez en Salem. Cuatro años después, las intrigas políticas, en las que no quiso involucrarse, le arrebataron el puesto, de modo que se sintió con-

tento otra vez de dejar la aduana y se fue a vivir a Lenox, otro lugar de reunión de hombres de letras, donde conoció a Herman Melville, que escribió una pequeña obra en prosa dedicada a Hawthorne.

Libre de su trabajo, Hawthorne se puso a escribir de nuevo con constancia. El resultado de su dedicación fue la aparición en 1850 de su primera novela, *La letra escarlata*, donde tampoco faltan los símbolos y las imágenes del mundo moral, en este caso, reunidos alrededor del adulterio. Esta novela constituyó su primer éxito: los cinco mil ejemplares de la tirada se vendieron en diez días. Un año después aparece otra novela, *La casa de los siete tejados*, y una recopilación de fábulas mitológicas adaptadas para niños, *El libro de las maravillas*. En 1852 sale a la luz una nueva novela titulada *The Blithedale Romance*, inspirada en su experiencia pasada en Brook Farm. Al año siguiente, con la vuelta de los demócratas al poder, Hawthorne recibe una nueva oferta de trabajo por parte de su amigo Pierce, que acaba de ser nombrado presidente de los Estados Unidos. El puesto ofrecido esta vez es el de cónsul de Estados Unidos en Liverpool. Hawthorne se decide a aceptarlo, y embarca con su familia rumbo a Inglaterra, donde permanecerá seis años. Aunque durante este período escribe pocos cuentos, anota sus impresiones sobre los ingleses, que años más tarde reunirá y publicará en América con el título de *Our Old Home*. En 1859 abandona su puesto y, junto con su familia, emprende un viaje a través de Francia e Italia. De su estancia en Italia recoge material para escribir su última obra acabada, que aparece en Londres con el título de *Transformation*, y algún tiempo después en América con el título de *The Marble Faun*.

Hawthorne murió súbitamente el 19 de mayo de 1864, durante una excursión que realizaba junto al ex-presidente Pierce por las «White Mountains» de New Hampshire. Fue enterrado en un cementerio de Concord, donde también yacen en la actualidad Emerson y Thoreau.

La Letra Escarlata

En 1849, cuando Hawthorne acababa de ser despedido de su trabajo como aduanero, recibió la visita, en su modesta casa de madera en Salem, de su editor, el señor Fields, quien le pidió que publicara algo. El escritor respondió haciéndole notar la pobre acogida que habían tenido entre el público sus cuentos ya publicados. Sin embargo, cuando el editor ya estaba en la calle, el genio de Salem se apresuró para alcanzarle y ofrecerle un manuscrito al tiempo que decía: «Es muy bueno o muy malo». Era la primera versión de *La Letra Escarlata*, su novela más conseguida y la que le proporcionó la gloria literaria.

En *La Letra Escarlata* aparecen muchos de los temas tratados en los cuentos escritos con anterioridad por Hawthorne; sin embargo, esta obra se manifiesta como la mejor construcción narrativa del autor, tal vez porque fue muy meditada en su elaboración; muchos la señalan incluso como la mejor novela escrita en Estados Unidos durante el siglo pasado.

Ambientada en la Nueva Inglaterra de los puritanos del XVII, *La Letra Escarlata* es una narración sombría con algún pasaje donde se atisba alguna luz para hundirse después en una espesa oscuridad; esta coloración se desprende fundamentalmente de las descripciones del interior del alma humana. En el curso de esta admirable ficción, no se representan ni acciones violentas, ni crímenes, ni asesinatos; para despertar el horror nada más efectivo que descender al pozo de la psicología de los hombres y observar las horri-

bles bestias que reptan y se alimentan en la jaula de la conciencia. El objeto principal descrito en esas páginas es la mala conciencia, la culpa, o la crueldad ejercida contra uno mismo, la fuerza que se devora a sí misma. El suceso que desencadena la acción de la novela aparece como algo pasado cuando se comienza a dar cuenta de los hechos; son las consecuencias que produce ese acontecimiento en los personajes lo que constituye la materia de la novela. El clérigo Dimmesdale enferma cada vez más, debido al trabajo constante de la culpa, y acaba viviendo una especie de muerte en la vida. Su situación recuerda la imagen del célebre protagonista de *El monje* de M. Lewis: tenido en la más alta consideración por su talento para la oratoria, sufre grandes desórdenes anímicos; pero su figura no es la de un villano, sino más bien la de una víctima de ciertas opiniones, asumidas por él, que en las costas de Nueva Inglaterra eran muy rígidas y severas en el siglo XVII.

La opinión, el más terrible de los tiranos, no se hace temer por su contenido —las opiniones comunes parecen ser más bien estupideces—, sino por la forma en que se impone. Hester Prynne no padece el dolor que su conciencia le impone, el sufrimiento viene impuesto por una comunidad que la condena al ostracismo, a una existencia fuera del círculo de la sociedad. A estos dos personajes se añade un tercero; una figura sombría, fea y malvada que consagra todas sus fuerzas a la venganza y la crueldad —Roger Chillingworth—, ayudando a perpetuar la enfermedad espiritual del clérigo, a hurgar y a roer dentro de su corazón, a mantenerle extraviado en el laberinto subterráneo de la conciencia, que rumia sin cesar el pasado. El estado en el que desembocan estas figuras les hace llevar una vida como la muerte, llegando a sentirse sombras de un mundo de ultratumba y a experimentar el horror de sí mismos en medio de una desesperación desoladora para acabar convirtiéndose en víctimas y verdugos del tormento espiritual al mismo tiempo. El terror se deriva, entonces, de la propia constitu-

ción interna de las figuras que deambulan a lo largo de la narración.

Como en otras obras de ficción, Hawthorne contrapone, en esta novela, el estado de perversión del hombre derivado de las opiniones comunes de la sociedad, que lo encierran en una prisión, al posible estado espiritual que puede brotar de un pensamiento libre que se mueve sin la guía de los prejuicios y transgrede «los límites de las leyes generalmente aceptadas». Éste es el «chorro de luz» que inunda suave y efímeramente la novela, el espíritu libre en que acaba convirtiéndose Hester Prynne después de haber llevado una vida al margen de la vida de la colonia y que le permite acceder a una visión particular de «las instituciones humanas y cuanto sacerdotes y legisladores habían establecido, criticando todo con la misma falta de respeto que un indio sentiría por el hábito clerical, la toga del juez, el patíbulo, la horca, el hogar o la iglesia». Una manera de ver que podría establecer una nueva relación entre hombres y mujeres, una manera de ver que hace brotar una luz que se hunde de nuevo en la vida grosera y mecánica de los habitantes puritanos. Y así este drama de almas poseídas por el tormento desemboca en su lección moral: la vida falsa que impone la opinión es insoportable y el único modo de salir de ella es mostrar los peores aspectos de cada uno, aunque el miedo a la exposición pública lo hace a menudo imposible.

La conciencia puritana es el suelo del que se alimenta y donde se eleva el arte de Hawthorne. En esta novela, esa conciencia aparece descrita mediante una variedad de imágenes sutiles cautivadoras, únicas, y una serie de escenas fascinantes, como la que narra el encuentro del pastor con Hester en el cadalso, en medio de la noche, que destacan por la maestría de la ejecución con que son desarrolladas y por la imaginación delicada en que están envueltas. «*La Letra Escarlata* tiene la belleza y la armonía de todas las concepciones originales y completas (...), el encanto y el misterio inagotables de las grandes obras de arte. Está admira-

blemente escrita», dice Henry James en su libro sobre Hawthorne.

Agustín Izquierdo

Prefacio a la segunda edición

Para gran sorpresa del autor y, si puedo decirlo sin ofender de nuevo, en buena medida para su diversión, el siguiente esbozo de la vida social que prologa *La letra escarlata* provocó una excitación sin precedentes en la respetable comunidad que vivía a su alrededor. En realidad, no habría sido más violento si hubiera incendiado la Aduana y apagado su última ascua humeante en la sangre de cierto personaje venerable, contra el que se supone que el autor abriga una especial malevolencia. Como la desaprobación pública pesa con fuerza sobre él, y él tiene conciencia de merecerla, el autor pide permiso para decir que ha leído cuidadosamente las páginas del prólogo, con objeto de cambiar o eliminar cuanto le pareciera inadecuado, y reparar del mejor modo posible y en el límite de sus fuerzas las atrocidades de que ha sido considerado culpable. Pero, en su opinión, sólo algunos de los rasgos sobresalientes del esbozo denuncian cierto sentido del humor franco y sincero, mientras que ha trasladado con exactitud general sus sinceras impresiones de los caracteres descritos. Niega rotundamente motivos como la animadversión o resentimiento de ninguna clase, sea personal o político. Tal vez el esbozo podía haberse eliminado en su totalidad, sin pérdida para los lectores ni detrimento para el libro; pero, habiendo decidido escribirlo, el autor piensa que no podría haberlo hecho con un espíritu mejor ni más amable, ni, hasta donde sus capacidades se lo permiten, con un efecto más vívido de la verdad.

Por todo ello el autor se siente obligado a publicar nuevamente su esbozo introductorio sin cambiar una sola palabra.

Salem, 30 de marzo de 1850

LA ADUANA

Introducción a «La letra escarlata»

Aunque poco inclinado a hablar excesivamente de mí y de mis asuntos en las reuniones junto al fuego con mis amigos íntimos, resulta bastante notable que en dos ocasiones, y dirigiéndome al público, me haya dejado dominar por un impulso autobiográfico. La primera fue hace tres o cuatro años, cuando favorecí al lector —de modo imperdonable, y sin ninguna razón terrenal que ni el indulgente lector ni el indiscreto autor podrían imaginar— con una descripción de mi forma de vivir en la profunda quietud de una Vieja Rectoría^[1]. Y ahora —porque la vez anterior, y por encima de mis merecimientos, tuvo suerte bastante para encontrar uno o dos oyentes— de nuevo agarro al público por la solapa y le hablo de mi experiencia de tres años en una Aduana. Nunca el ejemplo del famoso «P.P. clérigo de esta parroquia^[2]» fue seguido con mayor fidelidad. La verdad, no obstante, parece ser que, cuando lanza sus cuartillas al viento, el autor se dirige no a los muchos que dejarán a un lado su libro o nunca lo cogerán, sino a los pocos que lo comprenderán mejor que la mayoría de sus discípulos y compañeros de vida. Algunos autores, sin embargo, van mucho más lejos y se permiten revelar unas profundidades confidenciales como las que propiamente podrían dirigirse, única y exclusivamente, a un corazón y un entendimiento que estuvieran en perfecta simpatía con nosotros mismos; como si el libro impreso lanzado al ancho mundo estuviera